

A detailed illustration of a man with dark hair and a beard, wearing a maroon sweater, holding a baby. The baby is wearing a blue floral patterned top and a grey diaper with a brown bear-shaped pocket. The background is a warm, textured yellow-orange color. The man's eyes are closed, and he has a gentle expression, suggesting a moment of love and care.

Papá

– Ritxar Bacete –

Ilustraciones de Jordi Solano

Papá

– Ritxar Bacete –
Ilustraciones de Jordi Solano



Baobab, 2021

infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.baobabalbums.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ritxar Bacete, 2021
© de las ilustraciones: Jordi Solano, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: febrero de 2021
ISBN: 978-84-08-23797-6
Depósito legal: B. 255-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calicado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Un papá en cada página

Papá cavernícola.....	12
Papá montaña.....	14
Papá cabezota.....	16
Papá obediente.....	18
Papá maestro.....	20
Papá ternura.....	22
Papá derrotado.....	24
Papá oscuro.....	26
Papá inventor.....	28
Papá pradera.....	30
Papá power.....	32
Papá villano.....	34
Papá monstruo.....	36
Papá Ironman.....	38
Papá extraordinario.....	40
Papá valiente.....	42
Papá cazafantasmas.....	44
Papá presente.....	46
Papá samurái.....	48
Papá confianza.....	50
Papá salvavidas.....	52
Papá campeón.....	54
Papá faraón.....	56
Papá esperanza.....	58
Papá apego.....	60

Papá cavernícola

Mi papá se llama Manuel y nunca se separa de mí.

Yo sé que soy distinta porque no puedo correr, ni lanzar piedras al río, ni comer con mis propias manos los deliciosos frutos del bosque. Tampoco puedo hablar para pedir lo que necesito. Hay algo dentro de mí que me hace ser diferente a las otras niñas y a los demás niños. Solo puedo gritar, llorar y sonreír.

Pero me hago entender, no necesito más, porque mi papá favorito siempre está ahí, atento, leyendo en mis ojos para comprenderme y darme lo que necesito.

Tengo muchos hermanos y hermanas, tíos, tías, primas y abuelas que también me cuidan... Pero como no sé contar no podría asegurar cuántos somos en el clan. Y luego está mi mamá, que siempre me cuida y me da calor, pero como tiene un bebé en los brazos al que amamanta y antes tuvo otro, y antes otro, no puede estar conmigo todo el rato.

Pero lo que sí sé es cuál es mi nombre: Benjamina, porque es como me llaman.

Me encanta como suena: ¡Benjamina!

Sé que la primavera está a punto de llegar porque hoy, aunque todavía hacía mucho frío y la tierra estaba helada, hemos salido muy temprano de nuestra caverna y hemos tomado rumbo al sur, siguiendo la orilla del río. La misión es recoger las primeras bayas y raíces con las que alimentarnos después de un duro invierno.

Mi padre camina al final del grupo. Yo voy subida siempre sobre su espalda, que es ancha como un río. Me encanta el olor que desprende, entre dulce y ácido, pero sobre todo, su calor. Camina apoyado en una vara con la punta afilada, para que no nos caigamos, pero también por si nos volvemos a cruzar con un tigre de diente de sable. ¡No veas qué miedo pasamos aquella vez! Para desenterrar las raíces que comemos y cortar la carne de los animales muertos que encontramos, lleva varias piedras puntiagudas en una bolsa que hizo con la piel de un bisonte.

De este mundo en el que vivo hay muchas cosas que no entiendo, pero abrazada a mi padre, siguiendo a mi clan, siento que ocupó un lugar... y soy feliz.



Papá montaña

Me llamo Aisholpan, mi nombre significa «estrella de la mañana». Vivo en el reino de las águilas, el país de las inmensas estepas, de las agrestes montañas que se cubren de nieve en invierno, y en el que el viento ruge como una leona.

Soy cazadora. Pero en mi país cazamos con un arma muy especial: somos cazadores con águilas.

Así que mi mascota no es un perro, ni un gato, ni siquiera un hámster, no: es un águila dorada que se llama Pluma Blanca. Es el águila más fuerte y valiente que conozco. Cuando ella vuela, yo soy libre: siento como si fuera acurrucada en sus alas. Desde allí, puedo ver las montañas a través de sus ojos y sentir el viento helado en mi piel. Parece magia, pero es como si fuera parte de ella, y ella fuera parte de mí.

Recuerdo el día en que le dije a mi padre que yo quería ser cazadora de águilas, como él. Aunque los ancianos de la familia dicen que las mujeres no tenemos fuerza para entrenar a un ave salvaje que puede llegar a medir dos metros y pesar siete kilos, mi padre sabía que nada en el mundo me hacía más feliz que estar cerca de las águilas, así que le pareció lo más natural del mundo. Cuando nos quedábamos solos, mi padre me repetía una y otra vez: «Vas a hacerlo, hija mía, eres fuerte, eres valiente. Nadie ni nada va a impedir que cumplas tus sueños».

Mi día favorito de la semana es el viernes. Cuando salgo de la escuela vuelvo corriendo a casa, ensillo mi caballo, me coloco a mi águila en el hombro y me adentro junto a mi padre en las montañas cubiertas de nieve. Allí, soy la niña más feliz del mundo. Cuando nos sentamos junto al fuego y mi padre me cuenta historias, siento que el tiempo se para. Agalai parece serio, con los demás no habla mucho, pero conmigo sí. Es el papá más cariñoso del mundo. ¡Y también el más cabezota!

Es casi tan cabezota como yo. Cuando me propongo algo, no paro hasta conseguirlo. Cuando cumplí trece años, participé en el Festival del Águila Dorada, el campeonato más importante de caza con águila. Allí competí contra setenta y ocho hombres. Y no solo gané, sino que conseguí un récord de caza. Pero el trofeo más grande fue ver la mirada de orgullo de mi papá, porque será muy cabezota, pero tiene un corazón gigante.



Papá cabezota

Mi papá, además de cocinar y cuidarnos, se ha empeñado en cambiar el mundo.

Si no fuera por que es mi padre, pensaría que es un auténtico superhéroe, llorón y con bigote.

El mío es un papá que siempre está presente como el aire que respiramos, y está hecho con trocitos de todos los papás.

Además, escribe poesía y tartamudea cuando se pone nervioso.

Mi vida no ha sido fácil. Nací en un país precioso, lo más parecido que pudieras imaginar al paraíso. Nuestra historia es muy rica. Pero nuestra gente es muy pobre. Desde hace muchos muchos años, no conocemos lo que significa vivir en paz. Allí, ser mujer es muy difícil. A muchas niñas no las dejan ir a la escuela y, cuando se hacen mayores, son obligadas a cubrir todo su cuerpo (incluida la cabeza), con un vestido que parece una cárcel portátil.

Cuando nací, no hubo una fiesta como cuando nace un niño. En nuestro país todavía hay muchas personas que creen que una niña no merece este honor. Pero mi papá no es igual que ellos, así que pidió a familiares y amigos que arrojaran frutos secos, dulces y monedas dentro de la cuna, igual que hacen con los niños. A él no solo no le importaba que fuera una niña, sino que estaba orgulloso de ello.

Mi padre siempre ha querido que yo tuviera el futuro que merezco: en vez de esconderme detrás de una cortina, se empeñó en que fuera a la escuela. ¡Incluso creó una él mismo para que yo pudiera estudiar!

Pero, un día, los señores de la guerra, esos que no quieren que las niñas aprendan, nos descubrieron y me hicieron mucho daño. Me costó recuperarme, y tuvimos que huir de nuestro país, pero quería que el mundo conociera mi historia para que nunca ninguna otra niña tuviera que pasar por lo que yo pasé.

Mi mamá me inspiró, y mi padre me dio las alas para volar.

Hoy parece que soy yo la inspiración de muchas niñas en el mundo. Y yo solo espero que sus papás sean igual de cabezotas y maravillosamente imperfectos que el mío.



Papá obediente

Me llamo Isaac y un día me llevé un susto de muerte.

Mi papá es un señor mayor que siempre había soñado con tener hijos. Pero no uno, ni dos, sino cientos. Quería ser un patriarca y fundar toda una estirpe. Pero como le solía decir Sara, mi madre, «Abraham, se te pasó el arroz».

El día que yo nací, se emocionó tanto cuando las comadronas me pusieron en sus rodillas que ni podía acariciarme con sus enormes y temblorosas manos. Se sentía el hombre más feliz del mundo. Comenzó a reír con unas carcajadas que sonaban más fuerte que un trueno. Tanto rió que las montañas temblaron, el cielo se abrió, dejó de llover y salió el sol. Mi padre siempre ha sido así, exagerado.

Un día, mi padre me pidió que le acompañara a la montaña. Su dios le había pedido que hiciera para él un recado muy importante. Después de tres días cabalgando a lomos de un burro, me dolía mucho el culo. Al fin, llegamos a la cumbre de una montaña muy alta. Amontonamos unas piedras muy grandes y recogimos toda la leña seca que encontramos. Mi padre parecía angustiado. No cantaba, ni sonreía, ni contaba historias, ni me besaba en la mejilla como él acostumbraba a hacer.

Mi papá me pidió que me tumbara sobre el altar que habíamos construido. Yo no entendía nada. Empecé a sentir mucho miedo. Vi como mi papá, al que tanto admiraba y quería, miraba al cielo y sacaba un cuchillo. Entonces me desmayé.

Cuando desperté, allí estaba mi madre, superenfadada. Mi padre estaba abrazado a mí y no dejaba de llorar.

Cuenta la historia que el dios de mi padre le pidió que me sacrificara a mí porque era lo que él más amaba. Dicen que fue una prueba de obediencia. Y que, cuando lo iba a hacer, un ángel bajó del cielo y se lo impidió. Pero yo sé bien que fue mi madre, acompañada por las mujeres del clan, quienes, en el último instante, sujetaron la mano de mi padre, y me salvaron la vida.

Mi papá aprendió la lección. Desde entonces, ningún papá tiene derecho a hacer daño a sus hijas e hijos. La historia ha recordado a mi padre como un hombre justo y obediente. Pero, si hubierais estado en mi lugar, ¿pensaríais lo mismo?